HARLEQUIN™

Jazmín™

Cuando te encontré

Linda Goodnight



Cuando te encontré

Linda Goodnight



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Linda Goodnight. Todos los derechos reservados.
CUANDO TE ENCONTRÉ, N.º 2260 - 22.4.09
Título original: The Snow-Kissed Bride
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-8213-2
Editor responsable: Luis Pugni

CAPÍTULO 1

LA LLAMADA de auxilio llegó por la noche, tarde, como solía ocurrir. Pero aquélla era de las peores: un niño se había perdido en las implacables montañas del Colorado.

Melody Crawford colgó el teléfono. No había dormido ni media hora. Diez minutos después estaba completamente despierta, se había puesto ropa adecuada para la gélida temperatura exterior y buscaba en su «armario de rescate» el equipo que podría hacerle falta en el sendero cubierto de nieve. En los más de quince años que llevaba realizando trabajos de rescate, nunca había dejado de experimentar la descarga de adrenalina que le producía una llamada.

Como la mochila siempre estaba llena y preparada, agarró la correa del perro y oyó las suaves pisadas caninas que atravesaban la cocina y se dirigían hacia el vestíbulo, donde ella se encontraba. Era Ace. Melody sintió que se le desgarraba el corazón. El gran pastor alemán le dirigió una mirada interrogante...

–Lo siento, amigo –dijo ella mientras acariciaba la ancha e inteligente cabeza–. Esta noche, no.

Ni ninguna en un futuro próximo, a pesar de que Ace era el mejor perro de rescate de los que había adiestrado y el que mejor seguía una pista. Como si la

hubiera entendido, el animal gimió suavemente y se tumbó a sus pies mirándola con ojos tristes.

–En cuanto tenga el dinero. Tenemos que dejarte como nuevo.

Pero a Melody le resultaba difícil conseguir dinero. A pesar de que adiestraba y alojaba perros ajenos, sus ingresos eran limitados. El cheque mensual del seguro de su padre apenas cubría sus necesidades, y la operación que Ace necesitaba para corregirle las rótulas de las patas traseras se salía con mucho de su presupuesto. Pero ella encontraría la forma de ayudar a su amigo y compañero, aunque tuviera que buscar otro empleo.

La idea de tener un trabajo fijo le producía escalofríos; no porque fuera perezosa, ya que trabajaba mucho en su aislado refugio en las montañas. Lo que le preocupaba no era el trabajo duro, sino la gente.

–Chili –llamó suavemente. Se dio la vuelta y no se sorprendió al ver al labrador de color rojizo esperándola. Chili era un excelente perro de rescate al que le encantaban los niños. Con un poco de suerte y si se daban prisa, habría una elevada probabilidad de que encontrara al niño perdido.

Melody le puso su chaleco de rescate de color naranja y, con una linterna en la mano, se dirigió hacia la camioneta.

Nada se movía en la oscuridad y hacía un frío terrible. Si el niño no llevaba ropa de abrigo o no había encontrado refugio, estaría en un serio aprieto. Cuanto más frío se fuera quedando, menos olor despediría. Y si no había partículas olorosas que llegaran a las increíbles glándulas olfativas de Chili, el animal no podría hacer su trabajo.

Al pasar por delante de las confortables perreras donde residía el resto de los perros, a todos los cuales adiestraba, los animales salieron para estirarse bajo la luna. Al igual que Ace, ninguno de ellos saldría aquella noche. No eran sus perros. Se los traían personas muy ocupadas o poco dispuestas a enseñarlos a obedecer desde el principio. A Melody no le importaba. Trabajar con perros, sin importar quién fuera su dueño, era el trabajo y la ambición de su vida.

En cambio, Ace y Chili, eran como sus hijos, su familia. Los cuidaba y ellos la cuidaban. Si estaban juntos, no les hacía falta nadie más, pero, de vez en cuando, muchas personas los necesitaban a ellos. Y cuando su necesidad se veía satisfecha, desaparecían de su cabaña en la espesura como el vaho se perdía en la noche.

La gente… Se tocó la cicatriz, apenas visible, en el nacimiento del pelo. No era su especie preferida.

Pensó en el niño perdido en algún lugar bajo la luz de la luna. Los niños eran otra cosa. Para ella, aún no eran gente. Carecían de prejuicios y de segundas intenciones. Estaban a merced de los adultos, tal y como ella lo había estado. Pero aquello se había acabado. Ella controlaba su destino y su vida, en la que, en general, no estaba incluida la gente, gracias a Dios y a la abuela Perkins, que le había dejado aquella aislada cabaña más de dieciséis años antes, cuando su vida era un infierno.

Abrió la puerta del todoterreno y esperó a que Chili subiera, dispuesto para el viaje hasta un puesto forestal seis kilómetros montaña abajo. Mientras montaba detrás del perro y arrancaba, Melody se preguntó por

qué se habría despertado aquella noche con los viejos recuerdos tan vívidos. Recordar estaba bien de vez en cuando. La ayudaba a concentrarse, a ser consciente de por qué nunca volvería a dejar aquella montaña de forma permanente.

John North se paseaba por el centro de mando que había instalado en el puesto forestal cerca del pueblecito de Glass Creek. Lentamente, demasiado para su gusto, el personal para casos de emergencia comenzó a aparecer y a esperar órdenes. Como nuevo director del Departamento de Gestión de Emergencias, también nuevo, del condado de Dulcimer, tenía que hacer bien su primera búsqueda… y todas las que vinieran después. Vidas ajenas, así como su propio sustento, dependían de la excelencia de su formación y pericia.

–¿A qué distancia se encuentra el equipo con el perro? –preguntó a Brent Page, el sheriff del condado, que masticaba el extremo de un palillo.

John North se dio cuenta de que el hombre se moría de ganas de fumar, pero que no lo haría mientras estuviera trabajando.

–Llegará pronto.

Eso esperaba. Al fin y al cabo había llamado a aquella mujer y recordaba el sonido de una voz suave y femenina aún en las profundidades del sueño. Como director, parte de su trabajo consistía en coordinar todos los equipos necesarios, lo cual incluía llamarlos por teléfono. En cuanto todos los servicios de emergencia estuvieran reunidos, podrían empezar.

Se oyó un ruido de motores seguido del de puertas

que se cerraban de golpe. Entraron dos guardas y una mujer menuda con un perro rojizo de aspecto feliz.

El tiempo se detuvo para John Norton. Miró fijamente a la mujer. Llevaba un traje de esquiar azul y amarillo y un anorak con capucha, y lanzó una mirada calculadora, precavida y casi airada al grupo allí reunido. Aquella mujer era temible y fascinante a la vez, y John tuvo una reacción muy poco habitual en él: se sintió interesado, atraído. Él, que cinco años antes había borrado a las mujeres de su existencia, estaba cautivado.

La recién llegada tenía una cara delicada y bonita e iba sin maquillar. Sus labios parecían suaves y sensibles, pedían ser besados, aunque John se maldijo por fijarse en ellos en un momento como aquél. Pero lo más fascinante eran sus ojos: pálidos, plateados con el borde dorado; eran los más extraños que había visto en su vida, no sólo por su color poco habitual y como de otro mundo, sino por lo que vio en sus profundidades: un conocimiento temible y profundo. Ya había visto esa mirada antes, pero no sabía dónde.

Aquél debía ser el equipo de búsqueda y rescate, o la «mujer de los perros», como la llamaba el resto del personal de emergencia.

–Soy John North, director de operaciones.

Extendió la mano, pero ella no la tomó, más bien se echó hacia atrás y puso la suya en la cabeza del perro. Lo examinó de arriba abajo con aquellos ojos inquietantes y John estuvo seguro de que le había parecido que no daba la talla.

–Melody Crawford –dijo ella–. Éste es Chili. Empecemos. Deme los detalles.

–El niño tiene diez años. Estaba haciendo senderismo con su padre. Sin saber cómo se separaron.

–¿Cuándo?

–Hace tres horas aproximadamente –señaló un mapa desplegado sobre una mesa al lado de la cafetera, el teléfono y una radio–. Aquí.

Ella se inclinó para tomar nota de la zona. Su aroma era una mezcla de aire frío, calidez y menta. No dijo nada, se limitó a estudiar el mapa con una intensidad que él ya había observado en sus muchos años de soldado de las tropas de asalto.

La dejó enfrascada en el examen del mapa y se dedicó a distribuir tareas a los presentes, todos los cuales llevaban mapas, brújulas y otros instrumentos de búsqueda. Los guardas forestales y los oficiales de policía cubrirían a pie y en coche las carreteras y caminos con la esperanza de que el niño hubiera podido salir de la espesura. Otros conducirían motos de nieve o quads hasta donde les fuera posible. Ningún otro equipo con perros iba a llegar en un plazo breve, y no podían seguir esperando. Tendrían que marcharse con aquella mujer y su labrador y desear que su buena reputación fuera cierta.

–Tenemos que marcharnos –se volvió hacia Melody, que esperaba en silencio, mientras el perro recorría la habitación recibiendo caricias y palmadas. A John le llamó la atención que los presentes conocieran al perro y les gustara, pero que ninguno hubiera hablado con su dueña–. Usted tomará el sendero directo siguiendo esta cuadrícula del mapa.

–El mapa no es exacto.

–¿Cómo?

–Seguiré el sendero desde donde se vio al niño por última vez, pero esa cuadrícula se desvía al menos cuatrocientos metros.

–Estupendo –exclamó John incapaz de ocultar su enfado. Desde que había ocupado su nuevo puesto, no dejaba de toparse con el mismo problema. Todos los datos, los mapas, las coordenadas cartográficas y los planes para hacer frente a un desastre estaban obsoletos. La gestión de las emergencias, que llevaba años siendo coordinada desde la oficina del sheriff, dejaba mucho que desear. Por eso, el alcalde y el gobernador habían creado aquel nuevo departamento, pero, como director, John tenía mucho más trabajo del que había imaginado y menos tiempo para hacerlo. El gobernador le había concedido un año para demostrarle que el departamento se merecía el gasto añadido que suponía.

–¿Conoce la zona?

–Desde luego –le volvió a dirigir esa mirada fría con sus extraños ojos–. ¿Tiene la familia algún objeto del niño? ¿Algo que no esté contaminado?

–¿Es necesario? –John siempre había oído decir que los perros de rescate podían trabajar sin tener que oler previamente algo que perteneciera a las víctimas.

–No. Pero si Chili huele algo, trabajará más deprisa. Y, por si no lo había notado, el tiempo no juega a nuestro favor.

Aunque su comentario bordeaba el sarcasmo, tenía razón. La temperatura seguía bajando. El niño llevaba ropa de abrigo, lo cual era una ventaja, pero la hipotermia seguía constituyendo una amenaza real.

–Voy a preguntar a la familia –se aproximó a los

padres y volvió con un gorro de lana que le tendió con brusquedad–. ¿Servirá esto?

–¿Cuántas manos lo han tocado? –preguntó ella echándose hacia atrás.

–Las mías, las del padre y las del niño.

–Tendrá que servir.

Sin más preámbulos, habló en voz baja al perro mientras sostenía el gorro bajo su hocico y salió del puesto de mando.

Melody temblaba mientras volvía a meter a Chili en el todoterreno y se ponía al volante. John North era militar. Lo había adivinado en su comportamiento, lo había oído en el tono seco y confiado con el que daba órdenes, sentía que emanaba de él de modo peligroso. Conocía a los de su clase. No era un niño bonito, sino un hombre duro y masculino, de ojos castaños e impacientes y pelo oscuro. John North estaba en forma y era fuerte… Y militar.

Melody apoyó la cabeza en el volante. Se había alegrado al saber que el condado por fin había contratado a un director a tiempo completo para hacer frente a las emergencias. El sheriff lo hacía lo mejor que podía, pero carecía del personal suficiente para ser eficaz. La búsqueda y el rescate de personas extraviadas ocupaban el último lugar en los deberes del sheriff, cuya misión era servir y proteger a los habitantes. Era un hecho objetivo que había obstaculizado gravemente las operaciones de rescate. Durante un tiempo estuvo preocupada por la posibilidad de que contrataran a Tad Clauson, un ayudante del sheriff que llevaba largo

tiempo presionando para que se estableciera un programa de gestión de emergencias en el condado. Aunque coincidía con Clauson en la necesidad de dicho programa, a él lo despreciaba, pues parecía muy interesado en hacerle la vida imposible cada vez que se reunían.

Pero ese otro hombre, John North, era mucho peor que Tad. Era militar y le daba mucho miedo.

Chili, que percibía su inquietud y se preguntaba por qué no se iban, gimió suavemente y le pasó el hocico por la mano como si quisiera decirle que arrancara porque tenían que encontrar a un niño.

–De acuerdo –soltó una risa temblorosa y arrancó–. Concéntrate, Chili. Un niño perdido está en un aprieto mucho más grave que el nuestro.

De pronto, la puerta del copiloto se abrió. John North subió y se sentó al lado de Chili.

–¿Qué hace? –Melody lo miró con el ceño fruncido, con la esperanza de asustarlo y que se fuera.

–Creo que voy a ir con usted para ver cómo trabaja.

–Chili y yo trabajamos solos –sintió cómo se le aceleraba el pulso.

–Esta vez, no. Si va a estar a mi servicio, tengo que comprobar que sabe lo que hace.

La miró en la oscuridad, donde la única claridad procedía de la luna y de las luces de los vehículos que comenzaban a andar. Demostraba obstinación y una seguridad en sí mismo rayana en la petulancia. Era el jefe, y a ella más le valía aceptarlo. No le caía bien aquel hombre.

–Como quiera –arrancó y condujo en silencio. Podían llegar en el todoterreno hasta un punto en que ten-

drían que adentrarse en la espesura, en la zona en que se había visto al niño por última vez. Cuando llegaron, Melody aparcó y bajó del vehículo, agarró la mochila, puso la correa a Chili y se internó en el bosque sin dirigir la palabra al acompañante al que no había invitado. Si aquel altanero y poderoso militar quería ir con ella, que la siguiera.

Fue lo que hizo. Se puso a su lado sin grandes esfuerzos. A ella le costaba no prestarle atención, pero se concentró en su tarea con Chili. Le soltó la correa, le dijo que buscara y esperó a que el animal se orientara. Durante varios segundos permaneció inmóvil, con el hocico levantado, mientras trataba de clasificar el millón de olores que le invadía el cerebro.

–¿Qué hace?

–Procesa la información –estaba acostumbrada a esperar en silencio hasta que Chili comenzaba a andar. Era su forma de trabajar. El perro buscaba un olor. Cuando lo localizaba, corría tras él.

–¿Cuánto tarda?

–No le he pedido que viniera –respondió ella mientras se daba la vuelta y le enfocaba los ojos con la linterna.

John parpadeó y giró la cabeza al tiempo que con la mano derecha desviaba la luz. Trató de hacerlo con suavidad, pero aquella mujer lo sacaba de quicio. La había acompañado por lo que le había dicho: para ver cómo trabajaba. Aunque, para ser sinceros, quería observar algo más. Había algo en ella que lo inquietaba. Como soldado de las tropas de asalto, había pasado muchas noches en el bosque, la mayoría sin dormir, esperando para cumplir una misión. No le molestaban

ni el terreno escarpado ni la noche posiblemente larga que tenía por delante. Lo que le molestaba era Melody Crawford.

–No es usted lo que me suponía –dijo él.

–¿Y por qué se había hecho suposiciones?

–Bueno, ya sabe –se sentía incómodo y deseó no haber abierto la boca. Las mujeres no solían ponerlo nervioso–. Había oído hablar de usted.

–De modo que le habían hablado de la loca que vive sola en la montaña con la única compañía de unos perros.

–Algo así.

Parecía que el perro había captado el olor, ya que desapareció del círculo de luz haciendo crujir la maleza.

–Pues tienen razón: estoy loca. Téngalo en cuenta mientras estamos solos en el bosque.

Echó a andar. Las pesadas botas producían un ruido sordo sobre la tierra helada. John se encogió de hombros ante su quisquillosa actitud y la siguió. En sus trece años de militar se había encontrado con toda clase de gente. La misión siempre era lo más importante. En aquel caso, su nueva misión consistía en que su departamento llevara a cabo una labor excepcional todos los días y en todo momento. No hacerlo era inaceptable y le costaría el puesto y, tal vez, alguien perdiera la vida. John North se tomaba la pérdida de vidas como algo muy personal.

Melody iba delante y, al observar la rigidez de sus hombros, decidió guardarse sus pensamientos para sí. Había aprendido a no prestar atención a sus necesidades corporales, así que no le importaba el frío. Se pre-